

**VIAJE A NINGÚN
LUGAR DE LA
TIERRA**

Una gruesa línea verde destacaba sobre el fondo negro de la pantalla del móvil. Pulsó un botón. Luego otro. Intentó apretar dos, tres, los que hicieran falta para que volviese a arrancar. Lo alzó por encima de su cabeza esperanzado en que una señal, ya fuese de su compañía telefónica o de ángeles aburridos, animase la máquina. Se agachó, rechazando la divinidad de los cielos e implorándole al contrario, al que como él tenía cuernos y más picardía que Rocinante buscando yeguas, un pacto que le permitiese recibir tan ansiado mensaje. Aun de rodillas balbuceaba algo sobre aquella fiesta, sobre la maldita Marcela y sus juegos masoquistas. Diose golpes al muslo con el móvil, y seguía con que si gritaba *Piolín* era por algo, a saber, que debía parar la bomba de vacío a petición del dolor de su más insigne compañero de vida. Entretanto, una señora con su hijo esperaba otro coche y, al ver semejante escena de un joven desarrapado, con los cuellos de la camisa levantados y así mismo sus pensamientos bocarriba montando un soliloquio penoso, le tapó el rostro a su vástago volviéndose al reverso. Qué pena de juventud, pensaba la digna, qué futuro nos espera. Hablaré con mi marido y le convenceré de ese colegio de monjas, para que Carlitos sea un hombre recto y rectifique a aquellos como aquel perdido. Aunque difuminó aquella sucesión de meditaciones enseguida, puesto que acto seguido se le apareció la imagen de un pajarillo amarillo conjunto a su progresiva pérdida de amor conyugal y temía que se le pegase de aquel bastardo la incontinencia vocal de su razonamiento.

A ese bastardo le daba igual ocho que ochenta, que le mirasen y que le juzgasen y que fuese él el precedente por el que Carlitos fuese hijo de padres divorciados tras una trifulca sobre sexualidad, ya que seguía empeñado en arreglar su móvil. No solo estaba aguardando a recibir el mensaje que debía confirmar su sino, sino que igualmente esperaba a una muchacha que debía acompañarle en su viaje. No recordaba su nombre ni su cara, tampoco su edad. Lo único que sabía era que en algún momento de la noche, con

los alcoholes botando entre sus órganos y la ansiedad por subir las escaleras del piso de Marcela sin ascensor, había aceptado la solicitud de viaje compartido.

Se irguió de aquella posición fecal y se posó sobre una pared casi rindiendo la espalda. Con un ligero toque de su dedo índice bajó las gafas de sol y aguardó, sabiéndose derrotado por la máquina.

Pensaba que no pensaba. Estaba en blanco. O estaba blanco. Los retortijones eran tan constantes como una hormigonera el día después de una recalificación. Se sumergió en el barrizal que eran sus sesos, mezcla de neuronas y tequila, y quizá algo de absenta por las motas verdosas que resaltaban, esperando desnudar el entuerto que era su cabeza. Buscó y buscó, y justo recordó que en aquella fiesta estuvo buscando casi entre empujones y medias sonrisas de gente desconocida un refresco para combinar. Se tropezó en su imaginaria mente con un imaginario escalón y se estampó contra el imaginario barro. Lo saboreó y, efectivamente, la imaginaria pringue también llevaba ginebra. Sin embargo, de ese pensamiento pensado y de esa imagería imaginada germinó una idea: podía ir a comprar un refresco mientras esperaba a la muchacha.

Cuando volvió lata en mano tampoco sabía si su acompañante había llegado. Un hombre de polo rosa y bíceps jamonero se le acercó. Instintivamente apretó la lata contra su pecho.

- Buenos días, ¿es usted el de ese coche? —preguntó señalando un auto rojizo.
- Ayva la hostia —corrió hacia el coche mientras se cacheaba los bolsillos.

Se zambulló en el asiento del conductor cuando logró encontrar las llaves revueltas con un folleto cuadrangular que anunciaba un médium, unas monedas y un chicle que hacía de inútil viga arqueada. Cuando soltó el freno de mano, no sabía si eran las ruedas del coche las que rodaban o acaso sí era él mismo levitando sobre el asfalto. A duras penas consiguió enderezar el coche, que estaba en batería en un aparcamiento indicado para

paralelos. Desde la ventana de copiloto observó cómo el fornido hombre soltaba un hondo resoplido. Bebió otro trago de ese refresco limonado, que había dejado apresuradamente en el asiento contiguo con la mala suerte de caérsele cuando soltó la palanca, y decidió permanecer en el vehículo.

Desde la pantalla del coche podía ver la hora, aunque adelantada una por la pereza del propietario. Habían pasado cuarenta minutos de la hora acordada, de eso sí se acordaba. Llegaría tarde a su destino y, cuanto antes iniciase la marcha, antes podría tumbarse en una cama con sus almohadas y sus sábanas y el ruidito indefinido....

.....